

¿Qué estudiaría yo hoy de la colonización del INC?

José Luis Oyón Bañales

Dpto. Urbanismo y Ordenación del territorio de la Escuela Técnica de Arquitectura del Vallès.
Universitat Politècnica de Catalunya

Tras casi veinte años de *Historia y Evolución de la Colonización en España*, vuelvo ahora a un tema que tenía apartado, aunque no por agotado o por falta de interés. De hecho, lo que pretendo en este texto es repasar a fecha de hoy, y en vista de lo ya avanzado las diferentes “maneras de aproximarse” a la arquitectura y el urbanismo de la colonización en la historiografía. Me centraré especialmente en las claves interpretativas, en especial en la conexión arquitectura/ciencias sociales (historia, economía, política agraria, sociología...). Esas diferentes miradas significan también valorar diferentes periodos históricos, contemplar diferentes espacios de los pueblos de colonización.

La conexión arquitectura/política agraria

Lo primero que hay que decir es que el interés por la colonización y la arquitectura rural surge en la historiografía moderna fijando la atención en los años cuarenta. Los trabajos del número de la revista *Arquitectura* de 1976, especialmente los de Carlos Sambricio e Ignasi Solà-Morales sobre la arquitectura de la autarquía, plantean, inspirados en el libro colectivo publicado por Naredo, la agricultura de los años cuarenta como motor de acumulación que facilita luego el despegue capitalista-industrial. Una visión funcional de una arquitectura al servicio de un proceso programado de acumulación de capital en el campo. En cierta forma, era una visión paralela al planteamiento de geógrafos de colonización que veían la colonización como un mecanismo de mantenimiento de los funcionamientos de la agricultura tradicional (coexistencia pequeña-gran propiedad, servilismo de la pequeña propiedad y de los jornaleros asentados al proceso de acumulación de la gran propiedad en las fincas reservadas...).

La vivienda rural es vista como un elemento objeto de productivo tecnificado, inspirado por una arquitectura rural al servicio de la producción, donde lo popular es visto en su racionalidad; donde la relación con la región, las condiciones del medio y el hacer tradicional se recogen como una adaptación sabia a formas de hacer estandarizables, donde la conexión vivienda-agronomía es un elemento de primera magnitud, tal como nosotros discutimos en profundidad en la figura de Fonseca y otros técnicos que trazaron el puente técnico e histórico entre los años 30 y 40. INC (Instituto Nacional de Colonización), RD (Regiones Devastadas) e INV (Instituto Nacional de la Vivienda) van a ser instituciones donde esa reflexión va a ser profundizada por una serie de técnicos que, prolongando reflexiones de los años treinta, van a discutir la vivienda y el poblado como campos de estudio, como obligada instancia técnica que acompaña a una acumulación programada desde el Nuevo Estado.

Esta visión chocaba sin embargo con la realidad de una agricultura en crisis durante los años 40. Una crisis no derivada de la coyuntura de la postguerra, o no solamente, sino surgida de la propia política agraria. La política de precios tasados produjo efectos devastadores.

La producción agraria y el consumo de alimentos disminuyeron extraordinariamente. Se originó un amplísimo mercado negro. Desde el punto de vista de las transformaciones estructurales, especialmente la política colonizadora, la Ley de Bases fue un absoluto fracaso.

De las cerca de 600.000 hectáreas declaradas de interés nacional sólo se transformaron 10.000, la política de compras a los propietarios resultó incoherente (sólo un 10% en zonas regables), mostrando una absoluta ineficiencia con respecto a lo que se estaba realizando en otros países. Sólo se instalaron, recuerdo, 1759 colonos. La “gran propiedad absentista” que en teoría haría las transformaciones se limitó, dada la política de precios controlados a aprovechar de forma extraordinariamente eficaz sus posibilidades, que eran muchas en un extendidísimo mercado negro con altos márgenes de beneficio y con una mano de obra barata e indefensa. Su interés estaba, en suma, en el cultivo directo en secano, en la eliminación de las aparcerías y en definitiva en “no regar”.

Fue en época fundamental de puesta a punto de ideas y técnicas colonizadoras, pero de práctica sobre todo en el INV y en RD, instituciones que podían verse como paralelas al INC, pero que en realidad, caso de RD, actuaron en momentos diferentes. Unos años de enorme interés en la puesta a punto del instrumental técnico de la vivienda, floración de discursos, pero discursos y técnicas apenas implementados en la colonización.

La conexión espacio-poder

La constatación del fracaso de la política colonizadora hizo que desplazáramos primero la atención de los años 40 a los 50, y también, de una interpretación funcional-marxiana a una visión del espacio de la colonización como dispositivo. No ya una política colonizadora sólo al servicio de causas exógenas (la gran propiedad o el proceso de acumulación), sino también como política de un estado con objetivos propios y como empresario, una política dotada de especificidad que se implementa fundamentalmente en los años 50.

En esa “etapa dorada” de la agricultura tradicional, como la ha llamado Barciela, se gestó lo esencial de la colonización. Suponía cerrar página con una política agraria fracasada que no trajo más que hambre, miseria y descenso productivo. Se imponía un cambio que, manteniendo los mecanismos básicos de acumulación, permitiese un mínimo nivel de consumo y satisfacción de las necesidades más elementales. Los cambios se gestaron primero en los agrónomos. La discusión del I Congreso de Ingeniería Agronómica de 1949 es muy significativa, con el enfrentamiento de los defensores de la continuidad de la política intervencionista y la nueva corriente liberalizadora que pasaría a controlar el ministerio en 1951. La labor de Cavestany, agrónomo, propietario y político, supone cerrar la página de la política autárquica elevando precios y suprimiendo algunas políticas de intervención. Va a resultar decisiva para la colonización, pues se van a impulsar actuaciones de transformación estructural en un sentido productivista. Junto a los Planes de intensificación de cultivos, Red Nacional de Silos, concentración parcelaria, repoblación forestal, apoyo financiero al sector y otras ayudas ganaderas y de política social de formación y protección, los nuevos planes de colonización serán pieza angular para una “reforma agraria” que se entiende sin tanta demagogia, como modernización de la agricultura, expansión de la producción agraria, atajando el creciente malestar y los posibles conflictos sociales que hubieran podido poner en peligro el propio régimen. “Hay que producir más”, era el lema de Cavestany.

Los resultados fueron haciéndose evidentes en la década: aumento de las superficies cultivadas, de la producción y de los rendimientos, aumento del consumo medio en proteínas y calorías. Los logros más importantes se alcanzaron en la política colonizadora: 200.000 ha (frente a las 10.000 ha de 1939-5) más otras 200.000 en tierras privadas. En total, un tercio de las tierras regadas en España hasta 1950. De 1950 al 65 se produjo un 75% de la inversión total y un 83% del total de proyectos de planes y poblados redactados. De 1940 al 85 entre un 35 y un 50% de la superficie de regadío existente en 1939.

Contemplar la obra del Instituto en esos años fue para nosotros acercarse al mundo de los proyectos de planes generales de colonización y de poblados con una nueva mirada. La de “un dispositivo espacial” (estábamos entonces muy influenciados por Foucault) productivista de una “gran máquina arcaica de producción de alimentos”, como ha llamado Naredo a la colonización franquista. La disciplina es la de la cartilla de producción del colono, la del plan de explotación que el perito y el capataz imponen. Los dispositivos espaciales, entendíamos, eran parte definidora de ese objetivo productivista general, de esa disciplina. Una vivienda nueva, económicamente eficiente, seriada y estandarizable, para lo cual la experiencia de los años 40 de una vivienda que unía agronomía y arquitectura resultó fundamental. Una vivienda que en su parte urbana era a su vez la nueva vivienda del INV, la vivienda de la recuperación de la energía productiva. Al nivel del asentamiento eso supone también crear un nuevo ambiente, una noción clave en el mundo rural que se consolida en los años de entreguerras en ámbito europeo. La nueva disciplina donde el control se desplaza de la vivienda o la cooperativa, como en las viejas colonias de la Junta Central de Colonización y Repoblación Interior, a un ambiente, a una “vida rural embellecida”; un “ambiente” de la reproducción donde lo urbano forma parte del propio dispositivo de control: unos espacios públicos y unos equipamientos, un ocio “taylorizado” a la manera de la ciudad y como forma de dotar al ambiente rural de las cualidades de lo urbano. Pueblos pulcros e higiénicos, dotados de los servicios propios de una vida ciudadana.

El desplazamiento de la atención a los 50 permitía también, aunque en nuestro libro no pudimos sino esbozarlo, captar el tránsito en la estética del poblado. Lo racional y el programa de la vivienda seriada fueron elementos claros de continuidad entre los 40 y 50 pero entre 1952 y 1956, se pasa también a una manera diferente de definir la estética de los trazados, introduciéndose decididamente lo moderno: El Vegaviana de 1954, del Sota de Giménez al del Equivel, o a nivel más modesto del Valdecalzada de Borobio al Curbe o si se quiere de las perspectivas cerradas, las calles principales rematadas por la torre, la “plaza mayor” (en turbina) y los detalles populares de la arquitectura de los poblados de los 40 a los trazados más libres, la separación de circulaciones más decidida, la descomposición volumétrica y la introducción progresiva del vacío en muchos espacios públicos de los 50-60.

Los espacios cotidianos y las prácticas

Llevamos muchos años sin trabajar en el tema, pero simplemente quiero apuntar hacia dónde dirigiría hoy mis esfuerzos. La visión de la arquitectura y el urbanismo colonizador como espacio de poder tiene límites evidentes. En primer lugar se construye desde “el discurso” (desde los enunciados como dice Deleuze). Se asume “lo que se dice”, no tanto “lo que se hace”. Como se ha señalado muchas veces, y el propio Foucault reconocía, siempre hay fugas en esos supuestos poderes y dispositivos de poder omnímodos. ¿Siguieron manteniéndose en los 60 y 70 esas pautas disciplinarias? ¿Fue realmente eficaz esa disciplina?

Esas ideas tienen interés a la hora de entender el espacio pensado, pero son mucho más discutibles a la hora de entender el espacio vivido.

Si examinamos el funcionamiento de los poblados desde la realidad vivida, y no sólo la concebida, comenzamos a darnos cuenta de los desajustes interpretativos, de los desfases. Para empezar, la realidad de los poblados es más contemporánea de lo que suponíamos.

Si bien todos los poblados de Aragón se proyectaron entre 1952 y 1956, por ejemplo, las ocupaciones se dieron entre 1959 y 1963. Los procesos de tutela se alargaron en muchos casos, prolongándose entre los 8 y los 12 años. La experiencia no fue tampoco monolítica a nivel regional. Las superficies de explotación de partida no fueron las mismas en las zonas de actuación, ni la proporción entre tierras en exceso y en reserva. Tampoco la evolución de la explotación posteriormente seguida. En Aragón apenas se instalaron obreros agrícolas mientras que en Andalucía uno de cada tres campesinos instalados por el INC era obrero sin tierras (documental de ayer: no sólo no decían lo mismo los especialistas y los colonos, tampoco los colonos y los obreros). En realidad, por debajo de unas pautas comunes y de un proyecto uniformizador hubo, hay una variedad indiscutible. Variedad regional, variedad de experiencias vividas. Una especialista hablaba anteayer en el documental de viviendas insuficientes. Los colonos no piensan lo mismo. La media de superficie de vivienda está en el contexto de la época bastante por encima de la superficie útil de la vivienda obrera. Las viviendas han cambiado además en el tiempo, de forma que rara vez se parecen ya a las casas originales.

Si queremos enriquecer nuestra visión de los espacios de la colonización, de la vivienda, al poblado y al territorio, necesitamos contar con las percepciones de los auténticos actores de la colonización, unos actores que, como recordaba Cristóbal Benito, han sido protagonistas del nuevo sindicalismo agrario, de unas zonas que son en la actualidad una parte fundamental de la nueva agricultura, donde se han producido procesos de movilidad social. Hay todo un campo por explorar para arquitectos y urbanistas: el de los espacios cotidianos de los colonos, su percepción, sus transformaciones en el tiempo. Desde los cambios en la organización de la planta de la vivienda hasta la disposición de los pequeños objetos íntimos. Los arquitectos hemos estudiado sólo el espacio del proyecto, no el espacio de la cotidianeidad, las pequeñas tácticas espaciales del colono, en sus casas, en la calle, en el territorio: vivienda, movilidad, comunidad, sociabilidad han de entrar en una nueva encuesta sobre el espacio de la colonización en la que el colono, su espacio real e imaginado sean los protagonistas principales. Sólo así podemos entender lo que ha significado la experiencia.

De ahí deriva una última reflexión. La reconstrucción del patrimonio a través de la vida cotidiana de las personas, de los espacios vividos, nos puede ayudar a construir una política de la memoria más rica. Un patrimonio hecho no sólo de casas sino de personas. En esa visión patrimonial la memoria del colono ha de ocupar una posición central de todo estudio.

Y no sólo por el gusto de conocer, sino ante un reto que exige urgente respuesta: la conservación, preservación y avance de dicho patrimonio desde el presente proyectado hacia el futuro. Actuar sobre una realidad viva y cambiante como son los pueblos de colonización, en ocasiones afectada por potentes procesos de especulación, en otros casos en franco abandono tras el cambio de las técnicas agrícolas y la transformación social de los sectores productivos, actuar sobre dicha realidad exige evaluar no sólo su configuración formal y sus valores arquitectónicos, sino el conjunto de la vida que en ellos se desarrolla. Una vida que está protagonizada por los que durante años fueron colonos y hoy son ya ciudadanos de una sociedad que se quiere democrática.